

# CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

BUENOS AIRES, 6 DE JUNIO DE 1903

AÑO VI

N.º 244

## LA DESPEDIDA.



—No te aflijás, m'hijita, que aquí quedo yo pa quererte como chileno.

# POR TIERRA DE ARACHANES EN EL CREPÚSCULO

Un amplio ademán, un silbido en el aire, un golpe en el agua y heme aquí pescando... No existe en la vida aburrimiento más entretenido. Algún definió al pescador: «un aparato que empieza en un anzuelo y concluye en un zonzo». Aunque así fuese ¿quién más feliz que los zonzos?... Creeer, — como los tres infusorios de Bartrina, — que el mundo es la gota de agua donde moran; que más allá no hay espacio; que ellos son los reyes de la creación, contemplando el mar; no sentir en el alma la formicación de anhelos que piden alas y espacio; no tener un organismo dolorosamente sensible á las impresiones sutiles, sobre todo, no llevar bajo la bóveda craneana una abominable máquina de ideas... ¿qué suerte mejor?... Solitario, silencioso, anhelado entre las dos grandes masas azules, — el cielo y el río, — el pescador espera y sueña. Su pensamiento se desliza suavemente sobre las aguas choca en las barrancas de la opuesta ribera, retrocede, remolnea en la corriente, llega, torna, va y vuelve, satisfecho y adormecido en el dulce hogar sin sacudidas. Sueña y espera; que para eso lanzó al río el anzuelo, como en la vida se larga de cuando en cuando una esperanza al mar obscuro del porvenir... De pronto le hace temblar un débil temblor de la línea: ¡pica! ¿morderá? ¿no morderá?... Será un pez serio, dispuesto al sacrificio, ó un pececillo informal y burlón?... ¡Cuántas deliciosas ansiedades, cuántas gratas combinaciones hormiguean en la mente del pescador!... ¡Quién no ha sido pescador alguna vez en su vida!... Un tirón más recio, una sacudida violenta... ¡ya está!... Recoge, recoge presuroso, soñando surubies y borados; y, las más de las veces, tras grandes inquietudes y dilatadas esperanzas, encuentra al extremo de la línea, un pobre bagrecito que grabe, salta y se resiste, sin comprender, ¡el infeliz! que es soberana tontería encolectarse después de haber comido la tontería de tragar el anzuelo!...

El pescador arroja al cesto la misera presa, ceba con ella y lanza otra vez el aparato para soñar de nuevo con capturas importantes... ¿Ridículo?... ¿Por qué?... Toda la felicidad humana empieza en el poder de esperar. Solamente lo ignorado es grande y en la sed insalvable del por qué de la vida, está el misterioso encanto de los abismos. Cuando la ciencia los haga luminosos, cuando no hayan ya sombras para servir de nido á la cámara, la existencia, sin objeto, se marchitará, se apagará. El exceso de luz matará al hombre, haciéndose carne la ficción bíblica del árbol maléfico de la fruta prohibida... Dígase cuanto se quiera, la pequeña flor azul del ideal es la estrella de los reyes que en la ignorada ruta, agria y tortuosa, que va desde la cuna hasta el sepulcro. Y cuando se haya explicado todo, ya no tendrá explicación la vida. A través de los siglos, cada gran convulsión del alma humana, cada luz, arranca un pétalo á la divina florecita; y cada verdad adquirida, es una ilusión deshojada. Cada misterio esclarecido es una esperanza muerta. Cada píca como misérrimo botín de guerra, la masa de los deshechos, el hombre echará á anclar sobre inmensurable planicie luminosa, siempre lisa, siempre siempre igual, sin recodos, sin sombras, sin senos. Entonces se preguntará por qué anda aun, cuando ya no le restan ni razones ni pretextos. No engendrará porque el amor quemó sus alas en la hoguera. Descubierta el alma fibra á fibra, puesto el corazón á descubierto, como una pieza anatómica, clasificada los sentimientos como simples reacciones de química, adiós la amistad, adiós el patriotismo, adiós el honor, la abnegación, el sacrificio, todos los necios compases de la vieja armonía. El egoísmo,

semejante á la noche glacial imaginada por Byron, se extenderá en una ola de muerte, lenta y continua desde los polos hasta el ecuador del alma. Con la convicción de la inutilidad del esfuerzo, cesará la voluntad de vivir; y el ciclo fatal se cerrará en las sombras de la suprema civilización. — words, words, and words! — para recomenzar en las sombras de la suprema simplicidad del génesis.

Mientras el pescador, atento al temblor de la línea, se abstrae y sueña, las aguas del río corren en fatigosa actividad, lamiendo los fondos, mordiendo las barrancas, para ir á echarse en borboliones espumosos sobre la amplia laguna que verterá luego sus riquezas en el mar. Involuntariamente vienen á mi memoria, dos versos del tierno y olvidado poeta á quien es ridículo citar en esta época en que se gira por Rimbaud, Verlaine y Mallarmé:



«L'homme n'a point de port, le temps n'a point de rive; il coule et nous passons!...»  
¿Por qué esa actividad infatigable? ¿Por qué ese afanoso viajar del suelo al cielo y del cielo al suelo, cambiando constantemente de tonos, hoy lluvia mansa y huracán mañana, suave deslizar ahora y luego devastador torrente? ¿Por qué? ¿Para qué?... Reír en el murmurio de blancas linfas que hamacan camalotes; rugir en el borbollón de turbias aguas que arrancan coronillas; ser una sonrisa ahora y más tarde gesto airado; hoy dar la vida en forma de riego fecundo á los árboles que engalanan la ribera, y mañana arrancarlos de cuajo y enviarlos á la mar como osamentas inservibles; dormirse en un remanso para cantar amores en notas perfumadas, y despeñarse en seguida en la abra arramarse en la laguna como extensa y límpida mirada de alma buena, y holgar en el estero con la ambigüedad traicionera de esos párpados que se cierran á medias dejando en el espíritu la duda de sus fondos; por instantes magnánimo distribuidor de mercedes, y en ocasiones implacable espada que al abatir cabeza no reconoce méritos ni deméritos; fuerza ciega y fatal que crea y destruye sin saber por qué; que ríe, que llora, que rugie, que hace brotar corolas polícromas ó que troncha vidas lozanas, sin alegrarse, sin inmutarse, sin satisfacción y sin remordimiento... tal es la vida.

JAVIER DE VIANA.

Dib. de Giménez.